CASTELLS BRISA



EL DILEMA
DE HERMAN BAUER

Vision Libros

MIQUEL CASTELLS BRISA

EL DILEMA DE HERMAN BAUER

Vision Libros

© Obra: El dilema de Herman Bauer

Primera edición: Abril, 2011

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9983-771-0

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com
Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a Mila, mi mujer.
por su constante ayuda y apoyo.

INTRODUCCIÓN

Colonia, agosto de 1955. La ciudad se estaba recuperando de los bombardeos sufridos durante la segunda guerra mundial, que la destrozaron totalmente, conservándose en pie, solamente su gigantesca catedral gótica. La ayuda norteamericana y el esfuerzo de los alemanes en levantar el país estaban dando sus frutos. Herman Bauer, inspector de policía de la sección de homicidios, se hallaba cumplimentando un informe que hacía referencia a un cadáver encontrado junto al rio con claros signos de violencia, que demostraban bien a las claras, se trataba de un asesinato. En aquellos días y a causa del desorden producido por el final de la guerra donde se destruyeron la mayoría de los archivos, era muy difícil el trabajo de investigación. Herman era un hombre frío y calculador. No disponía de un físico nada espectacular, ape-

nas llegaba al metro setenta de altura. De tez morena ojos verdes y cabello ligeramente agrisado que le daban un tono bastante elevado de rigidez. A pesar de haber cumplido holgadamente los cuarenta años y de padecer una marcada cojera, era extremadamente ágil y fuerte. Estuvo en el frente combatiendo en una unidad blindada en las Ardenas, donde un obús aliado le destrozó prácticamente la pierna izquierda y permaneció hasta el final de la guerra en un hospital cerca de Bremen, en el norte de Alemania. Durante el bombardeo a Berlín, perdió a su madre y a su hermana menor que era la única familia que le quedaba. Antes de ser alistado, ejercía de policía en una comisaría de Hamburgo donde adquirió la fama de duro que le acompañó durante toda su vida. Pero no fue su dureza lo más valioso de su persona, sino su seriedad e inteligencia en la resolución de los casos que se le otorgaban. A pesar de su soledad, era una persona metódica y ordenada. Apenas se le conocía ningún vicio. Tal vez y en contadas ocasiones bebía alguna copa de ginebra de más. Pero jamás se le había visto borracho. Tenía un apartamento alquilado cerca del centro y siempre iba trajeado. Malas lenguas decían de él que debía tener alguna mujer que le lavaba y planchaba la ropa. Había incluso quien creía que era Mirna Zimmermann, la eterna novia de Herman. Una solterona de cuerpo rollizo con quien compartía mesa

y cama, cada vez que se ponían de acuerdo en ello. Circunstancia que no ocurría muy a menudo. Aquella mañana y a tenor por su expresión, había sido una buena noche.

— Oye Herman, el comisario quiere verte en su despacho –le dijo su espigado y rubio compañero Eisenberg– parece ser que esta noche ha habido dos nuevos asesinatos.

Se levantó de la silla y después de recorrer unos quince metros de una sala repleta de mesas, ficheros y máquinas de escribir, llegó frente a una puerta de color negro. Llamó un par de veces con los nudillos y sin esperar respuesta, la abrió. Detrás de una mesa repleta de expedientes, se encontraba Adler Engel, un hombre opulento de aspecto jovial. Cuarentón y calvo como una bombilla. Sus orondas mejillas impedían, cuando sonreía, que se le vieran apenas los ojos.

— ¡Con su permiso! ¿deseaba hablar conmigo, comisario?

— Sí, Herman, pase y siéntese. Voy a encargarle la investigación de dos asesinatos ocurridos según parece esta noche entre las diez y las once, en el número 23 de Hoffmanstrasse. Se trata del matrimonio Bachmeier que han sido brutalmente asesinados seguramente con un cuchillo de gran formato a tenor del tamaño de sus heridas. Ya sé que está resolviendo otro de similares características, pero se da la circuns-

tancia que debido a la semejanza en el método, creo que pueden tener relación entre sí. O mucho me equivoco, pero apostaría doble contra sencillo, que los fiambres se conocían. Coja a Eisenberg y que le ayude en la investigación. ¡Ah y oiga! Espero que pronto me de resultados. En estos momentos, es de vital importancia evitar el pánico social.

— ¡De acuerdo señor! intentaré averiguar cuanto antes lo sucedido y ya le tendré informado.

Cerró la puerta y al pasar junto a Eisenberg, le agarró del brazo.

— Vamos Alaric, tenemos trabajo y por lo que me ha ordenado el comisario, no disponemos de tiempo que perder.

Descendieron por las escaleras y una vez en la calle, montaron en un Mercedes beige, sucio y bastante mal conservado. Era evidente por su estado, que no se trataba del coche de Herman. El suyo siempre estaba limpio y en perfectas condiciones.

— ¿Tú dirás, donde vamos –preguntó Eisenberg–

— Por el momento, al 23 de Hoffmanstrase, pero no hace falta que corras como siempre, sus inquilinos nos esperan plácidamente.

El del año 1955, fue un verano irregular. Días con mucho calor y otros lloviendo casi todo el día. Para suerte suya, aquel era de los primeros. El sol era dueño y señor. Eran las once y un termómetro situa-

do en la calle, marcaba nada más y nada menos que treinta grados a la sombra. Apenas había circulación, lo cual posibilitaba que en pocos minutos llegaran a su destino. Se trataba de una casa nueva, aun por terminar. Estaba sin pintar y con los muebles más indispensables para vivir con un mínimo de comodidad. Allí se hallaban varios números de la policía y agachado junto al cadáver de la mujer, uno de ellos tomaba todo tipo de huellas de la ropa, cabellos, piel… A primera vista se podían contar ocho puñaladas, dos menos que en el cuerpo del hombre. La escena era, cuanto menos, desagradable. La sangre de los dos fiambres se había mezclado a pesar de encontrarse tres metros y medio separados el uno del otro. Desde un principio, descartaron el robo como motivo. No había duda que se trataba de un arreglo de cuentas y por su magnitud y ensañamiento, el motivo debía ser muy grande. Estuvieron en plan contemplativo, hasta que un policía les sacó del letargo en el que se hallaban sumidos en aquel momento.

— ¡Mire, inspector!, rebuscando en el cajón de una mesita, he encontrado estos papeles y un par de fotos de los muertos.

Herman, se acercó a él y las miró. Eran fotografías tomadas a la entrada de un campo de concentración. Presumiblemente el de Auschwitz y en ellas se podía observar a un oficial de las SS con gesto altivo.

No había duda, se trataba del hombre que se encontraba tendido cerca de sus pies. Aunque más mayor, sus rasgos eran inconfundibles. Entonces fijó su atención en los papeles. Eran salva-conductos, fechados del año 1945 y a nombre de Adolph Ansel e Idonia Faber. La cual cosa hacía suponer que el nombre actual de Bachmeier, era falso.

— ¡Caramba con la parejita! –exclamó Eisenberg–.

— No es nada extraño –comentó Herman– al finalizar la guerra y antes de destruir los archivos, algunos alemanes con antecedentes delictivos, sobretodo oficiales y militares de las SS, para evitar represalias, se cambiaron los nombres. Fue una práctica bastante habitual. Lo cual corrobora que se trata de una venganza. Teniendo en cuenta el comportamiento sanguinario habitual de las SS, el buscar a sus verdugos se convierte en una tarea harto difícil. Así que, amigo Alaric, se nos presenta un trabajo muy peliagudo. Por lo pronto necesitamos mucha información, así que tú te vas a los archivos militares y yo iré a los civiles. ¿Objetivo?, Encontrar cualquier indicio sobre éste par de personajes, y por la noche, nos encontramos en el bar de Säugerer, ¿de acuerdo?.

CAPÍTULO 1

El archivo civil, era un auténtico caos donde se acumulaban documentación proveniente de muchos lugares. Pero el trabajo disciplinado de sus empleados, era digno de encomio. Una señorita joven muy delgada, se ofreció en atender al inspector Herman. Estuvieron casi cuatro horas rodeados de archivos y apenas obtuvieron datos irrelevantes. Los nombres auténticos de la pareja asesinada, no figuraban por ninguna parte. Solo y como ya tenía constancia de ello, se mencionaba el de Otto y Sara Bachmeier como matrimonio residentes en Colonia y provenientes de un pueblo de la selva negra. Estaba claro que habían borrado todo su pasado de manera perfecta.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Eisenberg apareció por la puerta del bar. El inspector Herman ya había apurado una cerveza. Llevaba casi

una hora esperando a su ayudante con la esperanza de que le trajera buenas noticias. Pero solo al ver su semblante, dedujo que había fracasado como él.

— Por tu cara denoto que no tienes nada que decir referente al caso. ¿Verdad?

— Pues te equivocas de plano –respondió su ayudante–.

— ¿Has descubierto algo? –preguntó Herman muy intrigado–.

— Sí, y pienso que puede encauzar la investigación, pero antes creo que merezco me invites a una cerveza, llevo toda la tarde metido en una nave cercado de estanterías metálicas repletas de expedientes llenos de polvo, y ya sabes que padezco alergia. He tenido que cubrirme la nariz con un pañuelo y todo y con eso, no paro de estornudar.

— ¡Bien,bien,! Pero mientras te la tomas, puedes irte explicando.

— Primero hemos buscado por el nombre antiguo y cómo era de esperar, el resultado ha sido nulo. Después con el actual y tampoco ha aparecido nada. Pero ya había perdido cualquier esperanza y me disponía a marcharme cuando Bormann que así se llamaba el registrador, me sugirió que fuera al departamento de denuncias que posiblemente allí encontraría registrado a mis personajes.

— ¿Y los encontraste? –inquirió ansioso el inspector–.

— Sí, y en apenas unos minutos, aparecieron dentro de una carpeta archivada, cuatro denuncias contra ellos, efectuadas por la misma persona. Se trata de una mujer, al parecer de origen judío, aunque el hecho está por demostrar, que acusó a la pareja de violación, tortura y mutilación en las personas de ella y su hija.

— ¡Claro!. Deberían estar prisioneras en el campo de concentración donde ejercía sus "habilidades" el hombrecito de la Gestapo –incidió Herman–.

— ¡No, no,! –rrespondió Eisenberg–. Aunque es verdad que la madre y su hija estuvieron recluidas durante un tiempo en Auschwitz. Lo cierto es que fueron agredidas en Berlín, donde vivían en un piso cuyo propietario era un médico de las fuerzas armadas alemanas, llamado Dieter Krause. Viudo y con un hijo de quince años que desapareció cuando fue enviado al frente los últimos meses de la guerra. Del médico se sabe que murió mientras realizaba una misión en el frente ruso.

— ¿Y cómo se llama la denunciante? –preguntó Herman–.

— ¿Ah, no te lo había dicho?. Su nombre es María Klein y vive junto a su hija en Ludwingstraße 132. Así al menos consta en la última denuncia que efectuó, hace de ello siete años.

— Lo que sugiere que la mujer se desengañó de la justicia y es posible que haya decidido tomarse la

justicia por su mano. Sin embargo, ¿qué relación existe entre ella y el otro asesinato que estaba investigando, cuando el comisario me llamó a su despacho? –dijo Herman–.

— Sí que la puede tener –interrumpió Eisenberg– ya que la denuncia es extensiva a tres hombres más, entre la que se puede encontrar el muerto que investigabas. Seguramente también con nombre falso.

— ¡Bien! –exclamó el inspector– te invito a cenar. Conozco un lugar donde guisan unas patatas con carne realmente exquisitas. Mañana iremos a ver la tal Klein y su hija. ¡A ver que nos cuentan!.

CAPÍTULO 2

Serían sobre las siete y media de la mañana, cuando Herman y Eisenberg se encontraban frente al 132 de Ludwingstraße. Habían madrugado bastante. Al ser un día laborable querían evitar que las mujeres se marcharan a trabajar.

— ¿Quizás sea demasiado temprano? –objetó Eisenberg–.

— De ningún modo –concluyó Herman–. Estoy seguro que ya están levantadas. ¡Venga, vamos a llamar!

Cruzaron la calle y se dirigieron al 132.Se trataba de un edificio de tres plantas de reciente construcción. Su fachada, estaba realizada en obra vista y en las ventanas había unos batientes de madera. La puerta principal de roble teñido oscuro se encontraba después de subir un par de escalones de piedra artificial. A la

derecha una hilera de timbres con los nombres de los distintos inquilinos que habitaban allí. María Klein y Anna Klein residían en la planta baja. Abrimos la puerta de roble y Eisenberg apretó suavemente el timbre un par de veces. Las suficientes. Una mujer de edad cercana a los cincuenta años apareció al otro lado de la cancela. Tenía el cabello moreno, que se le veía en parte. El resto lo cubría un sombrero de fieltro. De joven había tenido que ser muy guapa, aun ahora seguía atesorando parte de su belleza, donde destacaban unos ojos azules que resaltaban en una cara donde las arrugas habían comenzado a aparecer. Era alta. Claro está, según versión del inspector Herman. Llevaba una falda con pliegues de cuadros escoceses y una blusa blanca con puntilla en cuello y mangas.

— ¿La señora Klein. María Klein? –apostilló Eisenberg–.

— Sí, soy yo –respondió algo extrañada– ¿Quiénes son ustedes?

— Soy el inspector Herman Bauer y él es Alaric Eisenberg, mi ayudante. Somos del departamento de homicidios de la policía de Colonia y deseamos hacerle unas preguntas.

— Pues ahora me iba a trabajar al hospital donde ejerzo como enfermera. ¿No sería posible que volvieran otra hora? por ejemplo sobre las siete de la tarde. Entonces les podría atender sin prisas.

— Me temo que no, señora Bauer. Tendrá que llamar al hospital y decirles que esta mañana no podrá asistir a su trabajo.

— ¿Tan importante es lo que tienen que decirme?

— Sí señora, y créame que lo siento pero tendrá que acompañarnos a la comisaría, y su hija también.

— ¿De qué se nos acusa?

— En principio de nada, pero ha habido tres asesinatos cuyas víctimas hace años tuvieron una amarga relación con ustedes.

— En estos momentos, mi hija no se encuentra en casa. Está en la universidad terminando la carrera de derecho y no regresa hasta la noche. ¿No es suficiente que yo les acompañe?

— Por el momento, creo que podemos prescindir de ella, aunque tarde o temprano tendrá que venir a declarar.

— De acuerdo, pero debo llamar al hospital y no dispongo de teléfono.

— No se preocupe por ello. Desde la comisaría podrá hacerlo –dijo Herman–.

Recogió su bolso que tenía colgado en una percha del recibidor. Se la notaba con entereza aunque al cerrar la puerta su mano temblaba y tenía ciertas dificultades en acertar el agujero de la llave. Eisenberg hizo el gesto de ir a ayudarla pero Herman se lo impidió. Subieron al coche y se dirigieron a la comisaría.

Una vez en ella, lo primero que hicieron fue dejarle efectuar la llamada

— Bien señores, estoy a su disposición. ¿Qué quieren saber de mí?

— En primer lugar nos podría indicar donde estuvo hace dos noches.

— En casa con mi hija. Ella se lo podrá confirmar.

— Sepa que el testimonio de familiares no sirve como coartada. Así que sería aconsejable que otra persona lo pudiera certificar.

— Pues me temo que no podré complacerle. Estuvimos desde las ocho en casa. Mi hija preparando unos exámenes y yo planchando unos uniformes del trabajo. Sobre las diez y media, nos acostamos y esto es todo lo que le puedo contar.

— ¿Reconoce a estas personas? –le preguntó el inspector Herman, a la vez que le mostraba las fotografías de los cuerpos de los muertos–.

Ella las miró con detenimiento y sin mostrar ninguna emoción, lo negó con la cabeza.

— ¿Tal vez en esta recuerda mejor al personaje?

Se quedó largo rato mirando sin decir nada. La mano con que la sujetaba empezó a temblar y sus ojos se pusieron llorosos. Estaba claro que la fotografía le recordaba tiempos amargos y de mucho dolor. No podía mentir. Sin decir nada contestaba a la pregunta del inspector.

— Ya veo que ha reconocido al personaje. ¿puede decirme de quién se trata?

— Es Adolph Ansel. Un cabrón de las SS.

— ¿Me puede explicar qué relación tuvo con usted?

— Fue mi guardían junto a su mujer Idonia Faber cuando estuve prisionera en Auschwitz y después en Berlín, junto a otros tres individuos de las SS, me violó y a mi hija también. A parte de mutilarnos cruelmente.

— Entonces le alegrará saber que ambos han sido asesinados.

— No voy a ser hipócrita señor. Por supuesto que me alegro. Al fin alguien ha hecho justicia de una vez. Sepa que efectué varias denuncias contra ellos y aun espero respuesta. ¿No creo que esto sea un delito, verdad?

— No, por el momento el desear la muerte de otra persona, no está tipificado como tal –contestó Herman–.

— En todo caso, si no desean nada más de mí. Debo poder marcharme, ¿no es cierto?

— Sí señora, aunque seguramente nos volveremos a ver muy pronto. ¡Alaric!, acompáñala a su casa. ¿O prefiere que la lleve a otro lugar?

— Preferiría que me acompañara al hospital. ¿Si no le es mucha molestia?

CAPÍTULO 3

El inspector Herman, estuvo observándola a través de la ventana mientras subía al coche de su ayudante. Sentía una extraña admiración por aquella mujer, aunque en el fondo estaba convencido que algo tenía que ver con los asesinatos. Ahora faltaba interrogar a la hija, pero sospechaba que no iba a sacar nada en concreto. Pero hubo un factor que aceleró los hechos. Aquella tarde, apareció por la comisaría una vecina de la casa donde se habían cometido los asesinatos. Se trataba de una mujer mayor, quizás andaría por los setenta años. La clásica entrometida con ganas de figurar en exceso. Se personó en comisaría indignada porque la policía no la había interrogado, cuando ella al parecer, tenía muchas cosas que decir. Y preguntó por el comisario, que la atendió cortésmente. Pasaron unos minutos cuando de pronto,

abrió aquella puerta negra y apareció su superior con mal talante.

— A ver, ¿Dónde está el inspector Herman?

— ¡Aquí estoy, señor!

— ¡¡¡Venga ahora mismo a mi despacho!!!

Mientras se dirigía hasta allí, se preguntaba ¿qué coño habría dicho aquella mujer que le puso tan colérico?.

— ¡Entre, pase y siéntese!. Ahora preste atención a lo que la señorita Olga le va a contar. Si es tan amable dígale al inspector, lo que me acaba de decir.

— Bueno, hace dos noches, sobre las diez escuché un ruido como si estuvieran peleándose al otro lado de la pared en casa de mis vecinos los señores Bachmeier. Presté atención a lo que se oía y pude deducir que había varias personas discutiendo.

— ¿Cuántas calcula que se encontraban allí? –preguntó el comisario–.

— Puedo equivocarme, pero aseguraría que eran tres mujeres y dos hombres.

— ¿Y qué ocurrió después?

— Entonces oí que un hombre gritaba y a continuación una mujer hizo lo mismo. Después escuché como caían dos cuerpos al suelo seguido del ruido que producían varias personas al correr escalera abajo. Me acerqué a la ventana lo más rápido que pude, y al llegar junto a ella me dio tiempo a ver una mujer que giraba la esquina.

— ¿Le vio la cara?

— ¿Qué quiere decir señor comisario?

— ¿Le pregunto si vio su cara, si podría reconocerla?.

— No, estaba muy oscuro y la ví de espaldas pero llevaba unos pantalones negros y una camisa a rayas.

— ¿De qué color tenía el cabello?

— No comprendo.

— Pues es muy fácil. ¿Dígame si era rubia o morena o pelirroja?

— ¡Ahhhh…..Rubia y con el pelo largo-

— ¿No tiene nada más que decirnos, señora Olga?

— No, pero si recuerdo algo, vendré a contárselo señor comisario. Todo sea por ayudarle atrapar a los asesinos de los Bachmeier.

— Bien, no es necesario que le diga nada ¿verdad? –dijo el comisario dirigiéndose al inspector Herman– ya tiene material para investigar. ¡Ahora no pierda el tiempo!.